ser por el colorete y por las espesas barbas que cubrían cada cual una mitad de su rostro; á no ser por el rollo de cartón dorado, lleno de lentejuelas y de tiras de oropel que llevaba en la mano, y en que cualquiera ojo algo sagaz, mal pudiera dejar de reconocer el rayo; á no ser por sus pies de color de carne y cubiertos de cintas á la usanza griega, bien hubiera podido aquel personaje, por la severidad de su vestimenta, sostener la comparación con un arquero bretón del regimiento de Monseñor de Berry.

II

Pedro Gringoire

En tanto que arengaba aquel personaje, la satisfacción, la admiración unánimemente excitadas por su vestimenta, íbanse desvaneciendo á medida que hablaba, y cuando llegó á esta fatal conclusión: «Apenas llegue el eminentísimo cardenal, empezaremos,» su voz se perdió en medio de una tempestad de zumbas y de silbidos.

¡Empiécese al punto! ¡El misteriol ¡el misteriol ¡al instantel Este era el grito universal, y por cima de todas las voces se oía la de Joannes de Molendino que hendía el tumulto como el pífano en una cencerrada de Nimes:—¡Empiécese al punto! gritaba el estudiante.

—¡Mueran Júpiter y el cardenal de Borbón!—vociferaban Robin Poussepain y toda la estudiantina apiñada en la ventana.

—¡Al instante la moralidad!—repetía la muchedumbre;—[al instante! [al instante! [y el palo y la cuerda para los cómicos y el cardenal! El pobre Júpiter, aturdido, trémulo, pálido bajo su colorete, dejó caer el rayo, y se quitó la gorra, y saludaba y temblaba diciendo en voz balbuciente:—Su eminencia, los embajadores, la señora Margarita de Flandes...—El pobre diablo no sabía qué decir; tenía miedo de que lo ahorcasen.

Ahorcado por el populacho si esperaba, ahorcado por el cardenal si no esperaba, no veía por ambos lados más que un abismo, es decir, la horca.

Por fortuna, no faltó quien viniese á sacarle de apuros, reasumiendo sobre sí toda la responsabilidad.

Un personaje que estaba dentro de la balaustrada, en el espacio que mediaba entre ésta y la mesa de mármol, y en quien nadie había reparado aún, tanto su luenga y magra catadura se hallaba completamente á cubierto de todo rayo visual, por el diámetro del pilar en que se apoyaba; este personaje, decimos, alto, flaco, pálido, rubio, joven todavía si bien lleno de arrugas en la frente y en las mejillas, con ojos brillantes y risueña boca; vestido de sarga negra, raída y lustrosa á fuerza de puro vieja, se acercó á la mesa de mármol é hizo una señal al pobre paciente. Pero éste todo confuso no veía ni oía.

Dió un paso más hacia la mesa el personaje.

-¡Júpiter!-le dijo,-¡amigo Júpiter!

Pero el otro no le oía.

En fin, impaciente el rubio, le gritó casi debajo de las narices:

-¡Miguel Gibornele!

—¿Quién me llama?—dijo Júpiter como despertado en medio de una pesadilla.

-Yo,-respondió el personaje vestido de negro.

-¡Ah!-dijo Júpiter.

-Empezad inmediatamente, repuso el otro, y dad gusto al pueblo; yo me encargo de responder al

DE PARÍS

29

señor alcaide, quien responderá al señor cardenal. Júpiter respiró.

—Señores habitantes de París,—dijo con toda la fuerza de sus pulmones á la plebe que continuaba toreándole de lo lindo,—vamos á empezar inmediatamente.

-¡Evoe Júpiter! ¡Plaudite cives!-gritó la estudiantina.

-¡Noel! ¡Noel!-gritó el pueblo.

Siguióse un palmoteo atronador, y ya había desaparecido Júpiter detrás de su tapiz, cuando todavía retumbaban en la sala infinitas aclamaciones.

En tanto el personaje desconocido, que tan mágicamente había cambiado la tempestad en bonanza, como dice nuestro querido y viejo Corneille, volvió modestamente á la penumbra de su pilar, donde sin duda hubiera permanecido invisible, inmóvil y mudo como hasta entonces, á no haberle sacado de ella dos muchachas, que, colocadas en la primera fila de los espectadores, habían observado su coloquio con Miguel Giborne—Júpiter.

-Señor...-dijo una de ellas, haciéndole señal de que se acercara.

—Calla, Lienarda,—dijo su compañera, fresca, bonita y prendida con veinticinco alfileres.—¿No ves que ese galán es lego, y que no le corresponde el título de señor, sino el de maese?

-Maese,-dijo Lienarda.

Acercóse el incógnito á la baranda.

-¿Qué se ofrece, señoritas?-preguntó con amable cortesía.

—¡Oh! nada,—dijo Lienarda toda confusa;—era ésta mi vecina Gisquette-la-Gencienne, que quería hablaros.

-No tal,-respondió Gisquette, modesta y rubo-

rosa,—Lienarda os llamó señor, y yo la he dicho que se decia maese.

Bajaron los ojos las dos doncellas; el joven, que tenía muy buenas ganas de trabar conversación, las miraba sonriendo.

-¿Con que nada tenéis que decirme, amables señoritas?

-¡Oh! nada,-respondió Gisquette.

-Nada, -añadió Lienarda.

El macilento rubio dio un paso para retirarse; pero las dos curiosas no se sentían dispuestas á soltarle tan pronto.

—Maese,—dijo intrépida Gisquette con la impetuosidad de una esclusa que se abre ó de una mujer que se decide;—¿conocéis por ventura á ese soldado que va á hacer el papel de la señora virgen en el misterio?

-¿El papel de Júpiter querréis decir?-respondió el

anónimo.

-¡Pues ya se ve que sí!-dijo Lienarda.-¡Qué tontal ¿conocéis á ese señor Júpiter?

-¡A Miguel Giborne!-repuso el anónimo,-cierto que sí.

-¡Tiene unas barbas terribles!-dijo Lienarda.

-¿Va á ser muy bonito eso que van á decir?-preguntó con timidez Gisquette.

—Sumamente bonito;—respondió el anónimo en tono altamente decisivo.

-¿Qué será?-dijo Lienarda.

-El buen juicio de la Señora Virgen María, moralidad excelente, señorita.

-¡Ah! eso es otra cosa,-repuso Lienarda.

Siguióse un breve silencio; al cabo de pocos momentos le rompió el incógnito.

—Es una moralidad nuevecita, y que no se ha estrenado todavía,

DE PARÍS

31

-Con que no es la misma que dieron hace dos años, -dijo Gisquette; - el día de la entrada del señor legado en que había tres doncellas tan guapitas que hacian de ...?

-De sirenas, -dijo Lienarda.

-En cuerecitos vivos, -añadió el joven.

Bajó los ojos Lienarda pudibunda; miróla Gisquette é hizo otro tanto. El joven prosiguió con blanda sonrisa:

-Era cosa por cierto que tenía que ver. Hoy representarán una moralidad hecha de intento para la señora Margarita de Flandes.

- Y cantarán idilios pastoriles?-preguntó Gisquette.

- Pues! estaría bueno, - dijo el incógnito, - jen una moralidadl... No hay que confundir los géneros; si fuera una gangarilla, santo y bueno.

-Pues es lástima, -dijo Gisquette. - Aquel día me acuerdo que había en la fuente del Ponceau hombres y mujeres salvajes que se peleaban y hacían mil travesuras, cantando villancicos y coplas pastoriles.

-Lo que conviene para un legado, -dijo con bastante sequedad el anónimo, -no conviene para una princesa.

-Y junto á ellos,-repuso Lienarda,-tocaban una porción de instrumentos que producían grandes melodías.

-Y para que refrescara el pueblo,-continuó Gisquette, -echaba la fuente por tres caños vino, leche é hypocrás, y bebía todo el que le daba la gana.

-Y un poco más abajo de la fuente, -añadió Lienarda,-en la Trinidad, había un paso de la pasión con personajes que no hablaban.

-¡Toma si me acuerdo!-exclamó Gisquette:-Dios en la cruz y los dos ladrones á derecha y á izquierda,

Entonces las dos parlanchinas, entusiasmándose con sus recuerdos de la entrada del señor legado, empezaron á hablar las dos al mismo tiempo.

-Y más allá, en la puerta de los Pintores, había

otras personas vestidas con mucho lujo.

-1Y en la fuente de los inocentes, aquel cazador que perseguía á una corza con tanto ruido de perros y de trompetas!

-Y en la carnicería de París, aquellos patíbulos

que figuraban la Bastilla de Dieppe.

-Y cuando pasó el legado, ¿te acuerdas? como dieron el asalto y no quedó un inglés con cabeza.

-|Y junto à la puerta del Chatelet, que había aquellos señores tan majos.

-¡Y en el puente del Change, que estaba todo entoldadol

-¡Y cuando pasó el legado, que echaron a volar sobre el puente más de doscientas docenas de toda especie de pájaros! ¡Aquello sí que era bonitol

-Pues más bonito será hoy,-repuso en fin su interlocutor que las escuchaba con evidente impa-

ciencia.

-¿Con que será muy bonito ese misterio?-dijo Gisquette.

-Seguramente, -respondió; y luego: -señoritas, yo

soy su autor, -añadio con tono enfático.

-¡Ahl-respondieron las dos petrificadas de admiración.

-¡Ya se ve que sí!-respondió el poeta contoneándose ligeramente;-es decir, los autores somos dos, Juan Marcaud, que ha serrado las tablas y levantado el teatro, y yo que he compuesto el drama. Yo me llamo Pedro Gringoire.

El autor del Cid no hubiera dicho con más altivez;

Pedro Corneille,

Bien conocerán nuestros lectores que debe haber transcurrido cierto tiempo desde el momento en que se retiró Júpiter hasta el instante en que el autor de la nueva moralidad se reveló como hemos visto de súbito á la profunda admiración de Gisquette y de Lienarda. Cosa notable; toda aquella muchedumbre, pocos minutos antes tan tumultuosa, esperaba ahora con mansedumbre, fiada en la palabra de un comediante; lo que prueba esta verdad eterna, de que todos los días vemos ejemplos en nuestros teatros; que el mejor medio de hacer que el público aguarde con paciencia es asegurarle que se va á empezar inmediatamente.

Sin embargo, el estudiante Juan no se dormía en su capitel.

—Ola! he!—gritó repentinamente en medio de la profunda calma que había sucedido al tumulto.—Júpiter, señora virgen, truhán de los demonios! os burláis de nosotros? el misteriol el misteriol empezad ó empezamos nosotros.

No fué necesario más.

Una música ratonera de varios instrumentos hízose oir de pronto en el interior de la escena; levantóse el tapiz, y á ella salieron cuatro personajes ridículos y pintorreados, trepando por la empinada escalera del teatro. Llegados que fueron á la plataforma superior, formáronse en batalla delante del público, á quien saludaron profundamente. Calló entonces la sinfonía y comenzó el misterio.

Los cuatro personajes, después de haber recibido en numerosos aplausos la justa recompensa de sus saludos, entablaron en medio de un religioso silencio, un prólogo que no tendremos dificultad en pasar por alto, que no llevará á mal el lector. Es de advertir á mayor abundamiento, que el público, como suele acontecer en nuestros días, se ocupaba aun más en los trajes de los actores que en las relaciones que declamaban, para lo cual en verdad no carecían de tundamento. Iban los cuatro vestidos con trajes, la mitad blancos y la mitad amarillos, que no se distinguían entre sí más que por la calidad del material; era el primero de brocado de oro y plata, el segundo de seda, el tercero de lana y el cuarto de lienzo. Llevaba en la diestra una espada el primero de los personajes, el segundo dos llaves de oro, una balanza el tercero, el cuarto una azada; y para ayuda de las inteligencias poco perspicaces cuya vista no pudiese penetrar la transparencia de aquellos atributos, leíase en enormes letras bordadas de negro, al pie de la capa de brocado: Yo me llamo Nobleza; al pie de la de seda: Yo me llamo Clero; al del ropón de lana: Yo me llamo Mercaderia; y al del de lienzo: Yo me llamo Trabajo. El sexo de las dos alegorías masculinas, claramente lo indicaban á todo espectador sensato sus vestidos menos largos y las gorras que llevaban puestas, al paso que las dos alegorías femeninas, menos brevemente vestidas, ostentaban en la cabeza grandes caperuzas.

Seguramente hubiera sido necesario ser muy torpe 6 muy malévolo para no comprender, por entre la poesía del prólogo, que Trabajo estaba casado con Mercadería, y Clero con Nobleza, y que las afortunadas parejas poseían, á partes iguales, un magnífico delfín de oro, que estaban decididas á no adjudicar sino á la más hermosa. Iban, pues, por esos mundos de Dios, en busca de esta hermosura, y después de haber desdeñado sucesivamente á la reina de Golconda, á la princesa de Trebisonda, á la hija del gran Kan de Tartaria, etc., etc.. Trabajo y Clero, Nobleza y Mercadería habían llegado á tomar algún ligero descanso á la mesa de mármol del palacio de Justicia,

35

prodigando á presencia del digno auditorio cuantas sentencias y máximas era entonces permitido propalar en la facultad de las artes en los exámenes, sofismas, determinaciones, figuras y autos en que ganaban su borla de doctores los licenciados.

Todo lo cual en efecto era sumamente bonito.

Y en toda aquella muchedumbre sobre la cual derramaban á porfía mares de metáforas las cuatro alegorías, no había un oído más atento, un corazón más palpitante, dos ojos más desencajados, un pescuezo más largo, que el oído, los ojos, el pescuezo y el corazón del poeta, del buen Pedro Gringoire que no había podido resistir poco antes á la tentación de decir su nombre á dos buenas mozas. Retiróse a algunos pasos de ellas, detrás de su pilar, y desde allí, escuchaba, miraba, saboreaba. Los lisonjeros aplausos que habían acogido los primeros versos de su prólogo, resonaban aún en sus entrañas, y el dichoso poeta se hallaba completamente empapado en aquella especie de estática contemplación con que ve un autor caer una á una sus ideas de la boca del actor en el silencio de un vasto auditorio. Digno Pedro Gringoirel

Mucho sentimos decirlo; pero pronto se vió turbado en las delicias de aquel éxtasis primero. Apenas había llegado Gringoire sus labios á aquella copa sublime de alegría y de triunfo cuando vino á acibararla una

gota de hiel.

Un mendigo desarropado que no podía sin duda pordiosear á su placer, confundido como se hallaba en medio de la muchedumbre, y que no había hallado sin duda suficiente indemnización en los bolsillos de sus vecinos, imaginó el ingenioso expediente de encaramarse en algún punto visible para atraer las miradas y las limosnas. Empinóse, pues, durante los primeros versos del prólogo con ayuda de los pilares

del tablado de preferencia hasta la cornisa que cefía su balaustrada en su parte inferior, donde se sentó, solicitando la atención y la caridad con sus harapos y una llaga asquerosa que cubría su brazo derecho. Justo será decir en honor de la verdad que el miserable no profería una palabra.

El silencio que guardaba dejó que prosiguiera sin obstáculo el prólogo, y es de creer que ningún desorden notable hubiera sobrevenido, á no dar la fatal casualidad de que el estudiante Joannes de Molendino divisase al inmundo mendigo desde lo alto de su pilar. Una irresistible gana de reir se apoderó de aquel travieso diablillo, el cual, sin curarse de interrumpir el espectáculo y de turbar el silencio universal, exclamó:

-Calla! aquel zarrapastroso que pide limosna!

Quien quiera que haya echado una piedra en un charco de ranas o disparado un tiro en medio de una bandada de palomas, podrá formarse una idea del efecto que produjeron aquellas palabras incongruentes en medio de la atención general. Estremecióse Gringoire como sacudido por un choque eléctrico: suspendióse el prólogo, y todas las cabezas se volvieron tumultuosamente hacia el mendigo que, lejos de turbarse, vió en aquel incidente una buena ocasión de hacer su agosto, y empezó á decir con voz doliente y medio cerrando los ojos:

-Una limosnita por amor de Dios!...

—Tate!—repuso Joannes,—por mi vida que ese es Clopín Trouillefou. Ola! he! compadre, parece que te molestaba esa llaga en la pierna y te la has pasado al brazo.

Esto diciendo echó con la destreza de un mico, un blanquillo en el mugriento sombrero que alargaba el mendigo con el brazo malo.—Impávido el zarrapas—

DE PARÍS

37

troso, recibió la limosna y el sarcasmo, y prosiguió con acento lamentable:

-Una limosnita por amor de Dios!...

Este episodio distrajo considerablemente el auditorio; y muchos espectadores, entre otros Robín Poussepain y toda la estudiantina, aplaudieron con algazara el extravagante duo que acababan de improvisar en mitad del prólogo, el estudiante con su voz de falsete y el mendigo con su salmodia imperturbable.

Gringoire estaba sumamente enojado. Vuelto en sí de su primera estupefacción, desgañitábase gritando á

los cuatro personajes de la escena:

—Adelante, qué diablo! adelantel—sin dignarse siquiera echar una mirada de desdén sobre los dos in-

terruptores.

Sintió en aquel momento que le tiraban de la capa. Volvió la cara algo mohino, y tuvo que hacer un violento esfuerzo para sonreir; pero fué indispensable.— El lindo brazo de Gisquette—la—Gencienne, pasando por entre las columnillas de la baranda, solicitaba de aquella manera su atención.

—Caballero,—dijo la doncella,—van á continuar?
—Pues es claro,—respondió Gringoire, algo sor-

prendido de aquella pregunta.

En ese caso tendríais la bondad,—prosiguió,—de explicarme?...

Lo que van á decir?—interrumpió Gringoire.— Pues escuchad con atención...

-No es eso, -respondió Gisquette, -sino lo que han dicho hasta ahora.

Dió Gringoire un respingo como aquel á quien le ponen la mano en una herida.

—Cuerno con la chiquilla majadera y obtusa!—dijo entre dientes.

Desde aquel momento perdió Gisquette su buena opinión en el ánimo del poeta.

En tanto los actores, obedeciendo su mandato, habían proseguido en su prólogo, y el público, viendo que de nuevo empezaban á hablar, de nuevo empezó á escuchar, no sin haber perdido infinidad de bellezas en la especie de soldadura pue se hizo entre las dos partes del drama, violentamente separadas: amarga reflexión que no dejaba de hacerse Gringoire allá por sus adentros. Sin embargo, fué restableciéndose poco á poco la calma; el estudiante callaba, el mendigo contaba alguna calderilla en su sombrero, y el misterio había llegado á hacerse superior á todo.

Era realmente el misterio una obra de mucho mérito, y de la cual nos parece que aun en el día pudiera sacarse mucho partido, previas algunas modificaciones. La exposición, algo larga y no poco insignificante, es decir, conforme en un todo á las reglas, era muy sencilla; y Gringoire, en el cándido santuario de su mente, admiraba su extraordinaria claridad. Estaban los cuatro personajes alegóricos cansados, como era muy natural, de haber recorrido las tres partes del mundo, sin hallar medio de desprenderse decentemente de su delfín de oro, con cuyo motivo venía como de molde un elogio del maravilloso pez, sazonado con mil alusiones dedicadas al joven y futuro esposo de Margarita de Flandes, muy tristemente retirado á la sazón en Amboise, y que estaría sin duda muy distante de creer que Trabajo y Clero, Nobleza y Mercadería acababan por él de dar la vuelta al mundo. Era, pues, el susodicho delfín, joven, gallardo, valiente sobre todo (magnífico origen de todas las virtudes reales!) era hijo del león de Francia. Declaro en toda conciencia que esta atrevida metáfora es admirable; y que la historia natural del teatro en un día

de alegría y de epitalamio real, no puede llevar á mal que un delfín sea hijo de un león, tanto más cuanto es indudable que estas raras y pindáricas mescolanzas son una prueba evidente de entusiasmo. Sin embargo, justo será decir para que haya también su poquito de crítica, que el poeta hubiera podido desarrollar esta idea feliz en menos de doscientos versos. Verdad es también que el misterio debía durar desde las doce hasta las cuatro por mandato especial del señor preboste, y que al fin y al cabo fuerza es decir alguna cosa. Además el público escuchaba con paciencia.

Pero repentinamente, en medio de una disputa entre la señorita Mercadería y la señorita Nobleza, en el momento mismo en que maese Trabajo pronunciaba este verso mirífico:

Vióse nunca en los bosques más triunfante animal; la puerta de la estrada de preferencia que hasta entor ces había estado inoportunamente cerrada, abriose aun más inoportunamente todavía, y la sonora voz del ujitar anunció con brusco acento:

-Su Eminencia monseñor el Cardenal de Borbón.

III

El señor Cardenal

Pobre Gringo? rel el estruendo de todos los cohetes de san Juan, la decessarga de veinte arcabuces á la vez, la detonación de aque eriel sitio de París, el domintorre de Billy que durante ella nunató de un tiro á siete go 29 de septiembre de 1465, la la pólvora almaceborgoñones, la explosión de todan menos aspereza le nada en la puerta del Temple, co

hubiera desgarrado los oídos en aquel momento solemne y dramático que estas pocas palabras salidas de la boca de un ujier: Su eminencia monseñor el Cardenal de Borbón.

Y no se crea que Pedro Gringoire temiese ó despreciase al señor Cardenal; no era capaz de semejante flaqueza ni de tamaña demasía. Verdadero ecléctico, como hoy se diría, era Gringoire uno de aquellos hombres firmes y magnánimos, serenos y moderados que siempre saben colocarse en el justo medio de todo (stare in dimidio rerum), y están llenos de razón y liberal filosofía. Raza preciosa y nunca interrumpida de filosofía á quienes la sabiduría, como otra Ariadme, parece haber dado un ovillo misterioso que ellos van devanando desde el principio del mundo por entre el confuso laberinto de las cosas humanas. Véselos siempre en todos tiempos, y siempre los mismos, es decir, con arreglo á todos los tiempos. Y sin contar á nuestro Pedro Gringoire que los representaría en el siglo xv si lograramos darle todas las ilustraciones que merece, no hay duda que su espíritu era y no otro el que animaba al padre Du Breul cuando escribía en el xvi estas palabras sublimes de candor, y dignas de todos los siglos: «Yo soy parisiense de nación y pa-»rrhisiano en el hablar, pues parrhisia en griego sig-»nifica libertad de hablar; de la cual he hecho uso »hasta con monseñores los cardenales, tío y hermano »de monseñor el príncipe de Conty, aunque con »respeto á su alteza, y sin ofender á nadie de su casa, »que es mucho.»

No había pues oído al cardenal ni menosprecio á su persona en la impresión desagradable que produjo en Gringoire su presencia. Antes muy por el contrario; nuestro poeta poseía demasiado seso y una ropilla demasiado raída para no tener á gran fortuna que varias

30883

alusiones de su prólogo, y en particular la glorificación del delfín, hijo del león de Francia, penetrasen en las eminentísimas orejas. Pero no es el sórdido interés el que domina en la noble naturaleza de los poetas. Quiero suponer que se represente por el número diez la entidad del poeta; es bien seguro que si un químico la analizara y farmacopolizara, como dice Rabelais, hallaríala compuesta de una parte de interés, y de nueve de amor propio. Ahora bien, en el momento en que se abrió la puerta para el cardenal, las nueve partes de amor propio de Gringoire, hinchadas y tumefactas al soplo de la admiración pública, se hallaban en un estado de abultamiento prodigioso, bajo el cual desaparecía, bien así como anonadada, aquella imperceptible molécula de interés que poco ha distinguimos en la constitución de los poetas; ingrediente precioso seguramente, lastre de realidad y de humanidad sin el cual no tocarían á la tierra con los pies. Gozaba Gringoire la dicha de sentir, de ver, de palpar, por decirlo así, una asamblea entera, compuesta de canalla, es verdad, pero qué importa? estupetacta, petrificada y como asfixiada ante las incomensurables relaciones que á cada punto brotaban de todas las partes de su epitalamio. Yo aseguro que participaba de la dulzura general, y que á diferencia de La Fontaine que en la representación de su comedia el Hlorentino preguntaba; - Quién es el majadero que ha hecho esa rapsodia?, Gringoire estaba á punto de preguntar al que tenía á su lado; -De quién es ese prodigio del arte?-Juzgue ahora el lector el efecto que produciría en su ánimo la súbita é intempestiva llegada del cardenal.

Y todos sus temores se realizaron: la entrada de su eminencia alborotó al auditorio; todas las cabezas se volvieron hacia el tablado. Era cosa de no oirse unos

á otros:—El cardenal! el cardenal! repetían todas las bocas... El desdichado prólogo hizo alto por segunda vez.

Detúvose un momento el Cardenal sobre el borde del tablado, y mientras echaba una mirada asaz indiferente sobre el auditorio, aumentó el tumulto porque cada cual para verle mejor que los demás se levantaba en puntillas.

Era en efecto su eminencia un alto personaje, y cuyo espectáculo valía tanto por lo menos como cualquiera otro. Carlos, cardenal de Borbón, arzobispo y conde de León, primado de las Galias, estaba también emparentado con Luis XI por su hermano Pedro, señor de Beaujeu, casado con la hija mayor del rey, y con Carlos el Temerario, por parte de su madre Inés de Borgoña. El carácter dominante y distintivo del primado de las Galias, era el espíritu cortesano y la devoción al poder. Fácil es por lo tanto formarse idea de los infinitos apuros que le había acarreado aquel doble parentesco, y de todos los escollos temporales entre que había debido bordear su barca espiritual para no estrellarse en Luis ni en Carlos, aquellos Escila y Caribdis que habían devorado al duque de Nemours y al condestable de San Pol. Gracias á Dios, había salido bastante airoso de la travesía y llegado sano y salvo á Roma; pero aunque estaba ya en el puerto, y precisamente porque estaba en el puerto, nunca recordaba sin inquietud los muchos azares de su vida política, por tantos años sobresaltada y laboriosa. Por eso tenía costumbre de decir que el año de 1476 había sido para él negro y blanco aludiendo á que había perdido en el mismo año á su madre la & duquesa del Borbonés y a su primo el duque de Dorgoña, de modo que una pérdida le había consolado de la otra.

Por lo demás, era todo un buen hombre; hombre que pasaba alegremente su vida de cardenal, solía aturcarse de cuando en cuando con los vinos de la cosecha real de Challuau, no era nada enemigo de Ricarda la Garmoise y de Tomasa la Saillarde, daba más limosnas á las jóvenes que á las viejas, razones por las cuales era bastante bien quisto del pueblo de París. Iba siempre rodeado de una pequeña corte de obispos, de abates de alta categoría, galanes, picarescos y gente con quien se podía contar para una francachela. Más de una vez las devotas de San Germán d'Auxerre, al pasar de noche por debajo de las ventanas iluminadas del palacio Borbón, se habían escandalizado de oir las mismas voces que cantaban á visperas durante el día, salmodiar al retintín de los vasos el proverbio báquico de Benedicto XII, aquel papa que añadió una tercera corona á la tiara: Bibamus papaliter.

Esta popularidad, tan justamente adquirida, fué sin duda la que á su entrada le preservó de ser mal recibido por aquella gente, poco antes tan descontenta, y poco dispuesta además à respetar á un cardenal el día mismo en que iba á elegir un papa.-Los parisienses no guardan rencor, y además, habiendo hecho comenzar la representación por su propia autoridad, venció el pueblo al cardenal y este triunfo bastaba á satisfacer su vanidad. Por lo demás el señor cardenal de Borbón era muy buen mozo; tenía unos habitos de escarlata, que sabía manejar con singular donaire, lo que equivale á decir que estaban por él todas las mujeres, y por consiguiente la mejor mitad del auditorio. Ciertamente hubiera sido una prueba de injusticia y del mal gusto torear á un cardenal por haberse hecho esperar, cuando es buen mozo y sabe manejar sus hábitos encarnados.

Entró, pues, saludó al auditorio con aquella sonrisa de los grandes para el pueblo, y se dirigió con lentos pasos hacia un sillón de terciopelo carmesí, bien así como hombre que en nada piensa de lo que tiene delante. Su comitiva, lo que hoy llamaríamos su estado mayor de obispos y de abates, invadió detrás de él el tablado, no sin notable incremento de tumulto y curiosidad en la muchedumbre. Todos los apuntaban con el dedo, todos habían de decir sus nombres y de conocer á uno por lo menos; quien, al obispo de Marsella, Alaudet, si no me engaña la memoria; cual al primicerio de San Dionisio; este á Roberto de Lespinasse, abad de San-German-des-Prés, aquel hermano libertino de una barragana de Luis XI; todo, con numerosas erratas y cacofonías. Por lo que hace á los estudiantes, jurahan y blasfemaban; aquel era su día, su fiesta de los locos, su saturnal, la orgía anual de la Basoche y de la estudiantina: todo linaje de insolencias era en aquel día cosa lícita y sagrada.—Y además, había entre la muchedumbre mozuelas de vida airada: Simona Quatrelivres, Inés la Gadine, Robina Piedebou. Qué menos podía hacerse que jurar y renegar un poquillo del nombre de Dios en un día como aquel? en una sociedad tan escogida de eclesiásticos y de rameras? Fuerza es confesar que el pueblo no perdía aquella buena ocasión; y en medio de tamaña barahunda, formaban un horrible desconcierto de blasfemias y de enormidades, todas aquellas lenguas desatadas, lenguas de pillos y de estudiantes contenidas todo el resto del año por el temor del hierro ardiente de San Luis. Pobre San Luis, y qué zumba le daban en su propio palacio de justicia!... Cada cual la tomaba entre los recién llegados con una sotana negra ó gris, blanca ó morada. En cuanto a Joannes Frollo de Molendino en su cualidad de hermano de un arcediano, atacaba de frente á la encarnada, y cantaba á grito pelado fijando en el cardenal sus ojos descarados: Cap-pa repleta mero!

Todos estos detalles que vamos aquí enumerando para la mayor edificación del lector, estaban á tal punto cubiertos por el estruendo general que en él desaparecían antes de llegar á la estrada de preferencia; pero aun cuando así no fuera, poco caso hubiera hecho de ellos el cardenal, tan introducidas estaban en las costumbres las insolencias de aquel día. Tenía el buen señor además, y bien se le conocía en la cara, otro cuidado que le seguía de cerca, y que entró casi al mismo tiempo que él en la estrada; tal era la embajada de Flandes.

No se crea por esto que era profundo político, ni que se tomase mucha pena por las consecuencias posibles del enlace de su señora prima, Margarita de Borgoña con su señor primo, Carlos el Delfín; por cuanto duraría la buena armonía prendida con alfileres, entre el duque de Austria y el rey de Francia, ó por cómo tomaría el rey de Inglaterra aquel desaire á su hija. Todo esto le ocupaba muy poco y no le impedía hacer el debido acatamiento al vino de la cosecha real de Chaillot, sin pensar en que algunos frascos de aquel mismo vino (algo corregido y aumentado, es cierto, por el médico Coictier) cordialmente ofrecidos á Eduardo IV por Luis XI, desembarazarían el día menos pensado á Luis XI de Eduardo IV. La muy ilustre embajada del señor duque de Austria no trasa al cardenal ninguno de estos cuidados; pero le importunaba mucho por otra parte. Era en efecto algo duro, y ya lo indicamos en la segunda página de este libro, verse precisado á hacer agasajos él, Carlos de Borbón, á unos miserables plebeyos; él, francés, hombre de gusto exquisito, a flamencos bebedores de cerveza; él,

cardenal, á unos tristes regidores, y todo esto en público. Seguramente que era aquella una de las más fastidiosas momerías á que tuvo jamás que resignarse por dar gusto al rey.

Volvióse pues hacia la puerta y con suma afabilidad (tanto se había ensayado para ello) cuando anunció el ujier con voz sonora:—Los señores enviados del señor duque de Austria. Inútil será decir que todo el auditorio hizo otro tanto.

Llegaron entonces de dos en dos con una gravedad que formaba contraste en medio de la petulante comitiva eclesiástica de Carlos de Borbón, los cuarenta y ocho embajadores de Maximiliano de Austria y á su frente el reverendo padre en Dios, Juan, abad de Saint Bertin, canciller del toison de oro y Santiago de Goy, señor Dauby, alcalde mayor de Gante. Hubo en toda la asamblea profundo silencio, acompañado de risitas ahogadas para escuchar todos los nombres ridículos y todas las calificaciones chavacanas que cada uno de aquellos personajes transmitía imperturbablemente al ujier, que repetía luego nombres y calificaciones á la par eminentemente estropeados. Ya anunciaba á Maese Loys Relof, regidor de la ciudad de Louvain; al señor Clays de Etuelde, regidor de Bruselas; á su señoría Pablo de Baeust, señor de Voirmizélle, presidente de Flandes; maese Juan Colegheus, burgomaestre de la ciudad de Amberes; maese Jorge de la Moere, regidor primero de la ciudad de Gante; maese Gheldorf Vander Hage, regidor segundo de la susodicha ciudad; ya al señor de Bierbecque y á Juan Pinnock, y á Juan Dymaerzelle, etc., etc., etc., -alcaldes, regidores, burgomaestres; burgomaestres, regidores, alcaldes; todos tiesos, estirados, soplados, almidonados, engalanados con terciopelo y con damasco, encaperuzados con gorras de terciopelo negro recamado de hilos de oro de Chipre; sanas cabezas flamencas, sin embargo, fisonomías dignas y severas, hermanas gemelas de las que Rembrant hizo resaltaran enérgicas y graves sobre el fondo negro de su ronia nocturna; personajes todos que llevaban escrito en la frente que Maximiliano de Austria había tenido razón en descansar, como decía su manifiesto, en su seso, valía, experiencia, honradez y buenas partes.

Uno solo hacía excepción á esta regla. Era un hombre de fisonomía astuta, inteligente y sagaz, una especie de hocico de mono y de diplomático, por quien dió tres pasos el cardenal é hizo una profunda reverencia y que no se llamaba sin embargo más que lisa y llanamente Guillermo Rym, consejero y pensionado de la ciudad de Gante.

Pocos sabían en aquella época lo que era Guillermo Rym; rara inteligencia que en tiempos de revolución hubiera brillado en la superficie de las cosas, pero que se hallaba reducido en el siglo XV á las cavernosas intrigas y á vivir en las zapas como dice el duque de San Simón. Por lo demás gozaba de mucho favor con el primer zapador de la Europa; maquinaba familiarmente con Luis XI, y aun muchas veces entendía en los secretos manejos del rey: cosas todas ignoradas por aquella turba asombrada de los agasajos que hacía el cardenal á aquella triste figura de alcalde flamenco.

IV

Maese Santiago Coppenole

Mientras el pensionado de Gante y su eminencia se hacían recíprocamente una reverencia muy profunda y se decian algunas palabras en voz muy baja, un hombre de alta estatura, cariancho? y fornido se presentaba para entrar de frente con Guillermo Rym, como un buen perro junto á una zorra. Su sombrero de castor y su chaqueta de cuero hacían extraño contraste con el terciopelo y la seda que le rodeaban, y por eso sin duda creyendo que seria algún palafrenero extraviado, detúvole el ujier.

-He, buen hombre, no se pasa.

El de la chaqueta de cuero le dió un empellón.

—Quién te mete á tí conmigo?—dijo con una voz tan fuerte que fijó la atención de toda la sala en aquel coloquio singular.—No ves quién soy yo?

-Vuestro nombre?-preguntó el ujier.

-Santiago Coppenole.

-Vuestros títulos?

-Calcetero, con el rótulo de las Ires Cadenillas, en Gante.

Retrocedió el ujier: anunciar regidores y burgomaestres, vaya con Dios; pero un calcetero! El cardenal estaba sobre ascuas: el pueblo escuchaba y miraba. Buen fruto sacaba su eminencia de haber estado dos días enteros lamiendo á aquellos osos flamencos para ponerlos en estado de poderse presentar en público con algún decoro.

Acercóse Guillermo Rym al ujier con su risita melosa.

-Anunciad á maese Santiago Coppenole, regidor de la ciudad de Gante, le dijo al oído.

—Ujier, repitió el cardenal en alta voz, anunciad á maese Santiago Coppenole, regidor de la ilustre ciudad de Gante.

Esto fué una torpeza: Guillermo Rym sólo hubiera escamoteado la dificultad; pero Coppenole oyó al cardenal.